

Introducción

Los escritores árabes sostienen que a propósito de la raíz *frc* que en árabe significa división, al Califa Omar le gustaba decir: “¡(El norte de) África es el fraccionamiento!”. Ése es el aspecto que ofrece el pasado y el presente del Magreb. ¿Diversidad o unidad? ¿Uniformidad o contraste? Y al limitarnos a aceptar tales diferencias, ¿no estaremos arriesgándonos a dejar escapar la identidad profunda?¹

Tantos criterios, tantas líneas de división que solamente se solapan en casos excepcionales, tantas áreas culturales que se entrelazan. Así, según el clima y el relieve, el contraste entre el Tell y el «Sáhara», entre habitantes de montañas, de llanuras y colinas; según el tipo de vida, nómada o sedentario o con diferentes grados intermedios –seminómadas y semisedentarios–; según el tipo de vivienda, el contraste entre los habitantes de diversos tipos de casas, desde las casas con terraza de Aures y Mزاب hasta las casas con tejas rojas de la Kabilia o las casas moriscas de las ciudades, aunque aquí también con toda una serie de transiciones, de las cuales la más pequeña no es el *gourbi* (chabola), definida siempre de forma negativa; la oposición entre asentamientos grupales propios de los antiguos sedentarios y asentamientos dispersos de pueblos recientemente sedentarizados; según el criterio antropológico, antítesis entre la esencia local y

¹ No cabe duda de que Argelia, aislada en el conjunto magrebí, no constituye una verdadera unidad cultural. Sin embargo, desde el punto de vista metodológico, esta limitación en la búsqueda no es arbitraria. Es en Argelia, en efecto, donde mayor ha sido el impacto de una colonización “total”, de tal modo que la unidad de objeto está en función de la unidad de la problemática: este estudio comporta una descripción (capítulos 1 a 5) de las estructuras económicas y sociales originales no como único fin sino como una pieza indispensable para comprender los fenómenos de desestructuración (capítulo 6) determinados por la situación colonial.

A falta de poder aportar a esta edición todos los nuevos datos que exigiría por un lado los progresos en el conocimiento de la sociedad argelina y por otro las transformaciones sobrevenidas tras su independencia, nos conformamos con remitir al lector a trabajos más exhaustivos y con precisar la descripción de la estructura de las relaciones de clase que confiere sus rasgos más específicos y duraderos a esta sociedad.

las aportaciones orientales, una historia turbulenta que ha dado lugar a un mestizaje tan intenso que resulta extremadamente difícil y excepcional distinguir tipos totalmente puros; según la lengua y la cultura, la oposición entre berberófonos y arabófonos, pese a que entre estos últimos encontremos un gran número de beréberes arabizados; según sus diferentes rasgos culturales, como el derecho de la mujer a la herencia, antítesis entre el derecho beréber y el derecho musulmán, es para ambas partes un sistema de ponderación si bien en sentido inverso, que tiende a eliminar las diferencias; según el grado de iniciativa legisladora del grupo, encontramos la misma oposición sólo que con transformaciones matizadas; según las técnicas artísticas, el contraste entre la ornamentación rectilínea y seca del arte beréber y las líneas suaves y curvas del árabe. Del mismo modo, podríamos seguir enumerando a propósito del *khammessat** y el salariado, de la relación del hombre con la Tierra, del carácter mágico-religioso del juramento, del sistema jurídico, del grado de penetración del Islam. Todas estas líneas trazadas en un mapa formarían una especie de maraña casi inextricable, ya que no son solamente dos de las áreas delimitadas las que se superponen por completo –berberófonos y sedentarios o arabófonos y nómadas– y que, además, no es habitual encontrar fronteras nítidas.

De todo este enredo sí podemos extraer, sin embargo, multitud de rasgos sobresalientes, «áreas culturales» relativamente distintas. De hecho, en todos aquellos lugares donde se han conservado los dialectos del beréber, es decir, en su mayoría en los macizos montañosos (Kabília y Aures), se han conservado ya no sólo los rasgos culturales particulares sino un estilo de vida original. En ellos se observa, entre otras cosas, cierta independencia respecto al Islam (excepto Mzab), sobre todo en el sistema jurídico, en un apegado amor a la tierra, el trabajo tenaz que la hace fecunda y el predominio de la explotación directa del suelo, en una estructura social aparentemente igualitaria en la que interviene el concepto territorial. Bien es cierto que los árabes nómadas introdujeron un sistema de valores propio –desprecio a la tierra y a la explotación directa del suelo propio de la sociedad campesina y al comportamiento «aristocrático» de la sociedad– algo que sería peligroso negar. ¿Es separable la tribu árabe de su patrimonio territorial definido por la lucha contra las usurpaciones rivales? Y a la inversa, ¿no se construyen las estructuras sociales de los beréberes según el esquema genealógico? La interacción es constante entre los dos

* Nota del Traductor: contrato agrario entre propietario de las tierras y trabajador.

sistemas, una interacción fundada en una afinidad profunda al mismo tiempo que dominada por la tentación de identificarse y la voluntad de distinguirse.

En toda su extensión, desde las vastas llanuras hasta sus confines y más allá de estos en una compartimentación desordenada que no cesa más que en las estepas, este país podría parecer predispuesto a un brote de particularismos. Tal manifestación se ve impedida por la circulación intensa que anima al conjunto, la migración de pastores, el ciclo de mercados que facilitan los intercambios jurídicos y culturales (que extraemos del papel del *maddāh**), el apogeo de los centros urbanos, hogar de ortodoxia religiosa y de civilización oriental, la unidad de fe y la referencia a la misma lengua sagrada. De este modo, los dos aspectos antitéticos, unidad y pluralidad, continuidad y segmentación no se pueden entender el uno sin el otro. No existe en el Magreb un mundo cerrado y competitivo, puro e intacto. No es un grupo tan aislado ni replegado sobre sí mismo que no reflexione ni se juzgue en referencia a modelos extranjeros. Cada grupo busca y constituye su identidad en la diferencia, pero si este análisis ha de reconocer esas diferencias es para ir más allá y descubrir la identidad que esconden o intentan esconder.

* N. del T. Poeta tradicional, generalmente itinerante, que recita textos religiosos que cantan a la grandeza de su Profeta.